



IV

**El dote de Zenaida.**

En la fábrica, Jack oía con frecuencia á los compañeros bramar á propósito del matrimonio Roudie. Las relaciones de Clarisa y el nantés no eran un secreto para nadie; y al alejar al uno del otro, el Director no había conseguido, sin duda, más que hacer el escándalo más flagrante, é irrepara-

ble la caída de la mujer. Mientras que su sobrino había vivido en Indrét, protegido contra sí mismo por la honradez del medio, el respeto á la casa conyugal, donde se advertía más su parentesco y daba á la falta un carácter

más odioso todavía, Clarisa había podido resistir al amor del guapo dibujante. Pero desde que él habitaba en Saint-Nazaire, donde el Director prolongaba expresamente su permanencia de mes en mes, las cosas habían cambiado. Se habían escrito, y después se habían visto.

De Saint-Nazaire al Bajo Indret no hay más que dos horas, y del Bajo Indret sólo un brazo del Loira que atravesar. En el Bajo Indret es donde se veían. El nantés, que no encontraba en los "Trasatlánticos" la disciplina inflexible de la fábrica, se hacía libre cuando quería; y Clarisa, por su parte, tenía para pasar el río, cuando le parecía, el pretexto de las provisiones que no se encontraban en la isla. Habían alquilado un cuarto en una posada de la carretera. En Indret todo el mundo sabía sus relaciones, se hablaba de ello claramente, y cuando Clarisa bajaba la calle Mayor hasta el muelle, á la hora del trabajo, en medio del ruido de la fábrica, cuya bandera arriada la garantizaba contra su marido, notaba cierta sonrisa en los hombres, empleados ó vigilantes que se encontraba al paso, y una familiaridad más atrevida en la manera de saludarla. En la puerta de algunas casas abiertas, detrás de las cortinas levantadas para alguna faena doméstica, adivinaba rostros hostiles, ojos que la vigilaban. Al pasar, oía murmurar: "Ya va... ya va..."

¡Pues bien, sí! Aquello era más fuerte que ella, y allá iba. Allá iba, escoltada por el desprecio de todos, muriéndose de vergüenza y de miedo, con los ojos bajos, el sudor en las sienes, la frente llena de rubor, que el viento fresco del Loira no conseguía disipar siempre. Pero iba. Estas personas indolentes son algunas veces terribles.

Jack sabía todo esto. Había pasado el tiempo en que él y el pequeño Madú se devanaban los sesos para averiguar lo que era una "cocotte." El taller abre pronto los ojos á los niños, y hasta los deprava; y los obreros no se ocultaban de él para llamar á las cosas por su nombre y distinguir á los dos hermanos Roudie, diciendo: "Roudie el cantante" y "Roudie el..." Y reían, porque en el pueblo estas especies de vergüenzas hacen reír. Lo quiere así la vieja sangre gálica.

Jack no se reía. Compadecía á aquel pobre marido tan cándido, tan amante, tan ciego. Compadecía también á aquella pobre mujer, cuya debilidad y cuya indolencia se revelaban hasta en la manera de anudar sus cabellos, de dejar caer sus manos; á aquella silenciosa distraída que tenía siempre el aire de pedirnos perdón. Hubiera querido hablarle, decirle: "Llevad cuidado... se os espía... se os vigila..." Y á aquel barbilindo de nantés, si hubiera podido cogerlo en un rincón y alzarse hasta sus hombros para sacudirlo, avergonzarlo: "¡Idos de aquí... dejad tranquila á esa mujer!"

Pero lo que sobre todo le indignaba, era ver á su amigo Belisario jugar un papel en estas infamias. El honero, á quien su oficio condenaba á correr los caminos, servía de mensajero á los dos culpables, generosos como dos amantes. Muchas veces lo había sorprendido el aprendiz deslizando cartas en el delantal de la señora Roudie, á cambio de alguna moneda, y le había chocado de tal modo ver á su amigo prestar su concurso á estas repugnantes traiciones, que desde hacía algún tiempo rehuía encontrarlo y no se detenía para hablar con él. El otro trataba de dirigirle su más amable sonrisa, de hablarle de aquella linda señora de allá abajo

y de cierta loncha de jamón, pero no producía efecto. "¡Buenos días, buenos días! decía Jack. Otro día.... Hoy no tengo tiempo." Y seguía su camino, dejando al buhonero estupefacto y con la boca abierta.

Belisario estaba bien lejos de sospechar el motivo de aquella frialdad. Lo sospechaba tan poco, que un día, encargado de un mensaje urgente para Clarisa, y no habiéndola encontrado en su casa, esperó la salida de los talleres y dió la carta al aprendiz con gran misterio:

—¡Es para la señora Roudic.... chist! Nada más que para ella.

Bajo el sobre azulado, pegado con lacre, Jack había reconocido la letra del nantés. Sin duda, éste estaba en la posada esperándola.

—Por mi fe!.... No, dijo el aprendiz rechazando la carta, yo no me encargo de esta comisión; y en el lugar de usted, preferiría vender mis sombreros á andar en tráficos parecidos.

Belisario lo miraba asombrado.

—Vamos, añadió Jack, usted sabe lo que hay en esas cartas. Usted lo sabe como yo, como todo el mundo. ¿Y cree usted que está bien ayudar á engañar á un hombre tan bueno?

La faz terrosa del buhonero se puso roja.

—He ahí una mala palabra, señor Jack. Yo no he engañado jamás á nadie, y todos los que conocen á Belisario podrán decirlo. Me dan papeles para que los entregue, los entrego, y nada más. Estas son mis pequeñas ganancias, y como somos tantos en casa, no tengo el derecho de rehusarlas.... Mire usted, tengo al viejo, que no trabaja; hijos que criar, el marido de mi her-

mana, que está enfermo. Todo esto no es muy agradable. ¡Y cuesta tanto ganar dinero!... ¡Cuando pienso en que en tanto tiempo como trajino no he podido conseguir hacerme unos zapatos á mi medida, y que ando por los caminos con estos, que me hacen sufrir tanto!... Si yo hubiera querido engañar á las gentes, estaría más rico de lo que estoy.

Tenía un acento tan honrado, tan convencido al hablar de este modo, que no había más remedio que creerlo. Jack intentó hacerle comprender su equivocación. Trabajo perdido. "Sus pequeñas ganancias.... los hijos que criar.... el viejo que no trabajaba...." Fuerte con estos argumentos, Belisario no buscaba otros. Evidentemente su probidad no era la misma de Jack. Era un honrado sin matices, sin delicadeza de sentimientos, los escrúpulos de conciencia no se encuentran más que por excepción, como una flor rara entre las plantas rústicas, por un azar del terreno ó del viento.

—Yo pertenezco á ese pueblo ahora, pensó Jack de pronto, mirando á su blusa. Y á esta idea le vinieron lágrimas á los ojos. Tendió entonces la mano á Belisario y se alejó, sin decir una palabra.

Que Roudic no supiera nada de lo que pasaba en su casa, no tenía nada de sorprendente, con su vida dedicada toda al taller, rodeado de buenas gentes que respetaban su ciega confianza, formada de ternura y de candidez. Pero Zenaida.... Zenaida, ¿en qué pensaba? ¿No estaba ella allí? ¿Argos había perdido los ojos?

Zenaida estaba allí; y más que nunca, al contrario, pues que desde hacía un mes no iba á trabajar. Sus ojos

estaban también abiertos, y hasta habían adquirido una vivacidad y un brillo extraordinarios. Y estos ojos decían en su lenguaje, porque los ojos hablan cuando están contentos:

—Zenaida se va á casar.

No lo decían, lo gritaban:

—¡Zenaida se va á casar... Zenaida tiene un novio! Y un gran novio, á fe mía, un sargento de aduaneros, muy ceñido en su uniforme verde, con un bigotillo helicoso y un kepí galoneado sobre la oreja. En todo el puerto de Nantes, con ser, como es, tan grande, y donde jamás faltan aduaneros, no se podrían encontrar dos sargentos Mangin. No había más que uno, y éste iba á ser para Zenaida. Verdad es que le costaba caro, ó al menos costaba caro á Roudic. Siete mil francos en hermosos escudos y en billetes que el buen hombre había ahorrado, sueldo á sueldo, durante veinte años. ¡Siete mil francos! El cabo no había querido menos. Con estas condiciones, consentía en encontrar en Zenaida las facciones más regulares, el talle mejor, y en darle la preferencia sobre todas las grisetas de Nantes y las guapas salineras de Noirmoutiers y de Bourg-de-Batz, que al llevar la sal á la aduana, le hacían la corte asiduamente. Roudic encontraba sus pretensiones un poco duras. Todas su economías iban á irse en aquello. Y si él moría, ¿qué iba á ser de Clarisa? ¿Y si tenía más hijos? La mujer, en este caso, se había mostrado muy generosa.

—¡Bah! ¿Qué importa? decía. Tú, aún eres joven, puedes trabajar mucho tiempo. Haremos economías. Démosle su sargento. Ya ves que está loca.

Como mujer enamorada, adivinaba, comprendía la pasión.

Desde que había visto la posibilidad de llegar á ser la señora Mangin, de dar el brazo para toda la vida á aquel irresistible sargento, Zenaida ni comía ni bebía. Ella, tan positiva, sumergíase en contemplaciones, en sueños sin fin; permanecía horas enteras delante de su espejo peinándose, mirándose, y sacándose la lengua de pronto con cómica desesperación. La pobre muchacha no se hacía ilusiones sobre sí misma.

—“Bien sé que soy fea, decía, y que el señor Mangin no me quiere por mis bellos ojos; pero no importa. Que sea mi marido, y yo conseguiré que me ame.”

Y la buena criatura movía la cabeza con una sonrisa de satisfacción interior, porque ella sola sabía las provisiones de ternura, de paciencia, de abnegación, que encontraría el que descansara sobre su corazón. La idea fija de aquel matrimonio, la angustia de saber si se realizaría, la alegría de la certidumbre, una vez arreglado el asunto y fijada la fecha, había distraído su activa vigilancia. Por otra parte, el nantés no vivía en Indret. Y además, Clarisa se había mostrado tan buena en aquella ocasión, que Zenaida había casi olvidado sus sospechas. ¿Qué queréis? Antes que hija se es mujer. Algunas veces, cosiendo su “trousseau,” su traje de boda, que se hacía ella misma, acometíanla súbitamente impulsos de reconocimiento; soltaba su dedal, sus tijeras, y saltaba por entre las telas hasta su madrastra:

—¡Oh, madre... madre!...

Y la besaba, la estrechaba contra su pecho, á riesgo de pincharla, porque su peto estaba cada vez más lleno de agujas y de alfileres en aquella explosión te-

rrible de todos sus talentos de costurera. No veía la palidez de Clarisa ni su turbación. No sentía la fiebre que abrasaba las manos blancas de la joven, con sus manos de virgen, siempre heladas. No notaba ya sus largas y frecuentes ausencias, ni oía lo que se decía en la calle Mayor de Indret. No veía, no escuchaba más que su dicha; vivía en una alegre exaltación, en una embriaguez de independencia.

Ya estaban publicadas las primeras amonestaciones fijado el matrimonio para dentro de quince días, y la casita de los Roudic llena de esos alegres ruidos que preceden á una boda. Todo, abrir y cerrar puertas. Zenaida subía y bajaba diez veces al día la escalerilla de madera, con sus saltos de joven hipopótamo. Y la charla de las amigas, de las comadres, el probar vestidos, la llegada de regalos... la novia recibía muchos, porque aquella muchachota había encontrado medio, á pesar de su aire un poco áspero de hacerse amar de todos. Jack contaba también darle un pequeño recuerdo con ocasión del matrimonio. Su madre le había enviado cien francos, escatimados á la escasa renta de su "toilette" y economizados difícilmente, porque el poeta llevaba la cuenta exactísima de todos los gastos de la casa.

"... Este dinero es tuyo, Jack mío, decía Carlota. Lo he apartado para tí. Con él comprarás un regalillo para la señorita Roudic, y un traje para tí. Quiero que figures honrosamente en esa ceremonia, y tu guardarropa debe estar en lamentable estado, si, como me escribes, no te sirve ya tu traje inglés. Ponte guapo y diviértete. Sobre todo, no me hables de este envío en tus cartas. No hables tampoco á los Roudic. Querrán darme las gracias, y esto me haría tener grandes disgustos. El

tiene ahora los nervios muy excitados. Trabaja mucho este pobre amigo. ¡Y lo combaten tanto!...

"Todos se han conjurado para impedirle que llegue; en fin es cosa convenida. No digas que estos cien francos proceden de mí. Dí que son tus pequeñas economías."

Hacía dos días que Jack se sentía orgulloso de tener aquel dinero en su bolsillo. Realmente, las monedas de oro equilibraban su andar; le daban una alegría pesada y llena de aplomo. Se alegraba de tener ropa nueva, limpia, y no su horrible traje de fogonero, gastado por numerosos lavados. Para esto había que ir á Nantes, y esperaba el próximo domingo con impaciencia. ¡Ir á Nantes! Otra fiesta más; y lo que le encantaba por encima de todo, era pensar que todas aquellas alegrías se las debía á su madre. Un solo punto le embarazaba: la elección del regalo para Zenaida. ¿Qué es lo que se regala á una joven que se casa? ¿Cómo darle gusto? ¿Cómo adivinar lo que le falta entre aquella porción de alhajas, de adornos que caen en las canastillas de las novias, como el adiós definitivo de todas las puerilidades, de todas las coqueterías de su juventud? Habría sido preciso ver lo que tenía.

Jack pensaba en esto una noche de invierno, al volver á casa de los Roudic. Era una noche muy oscura. Cerca de la casa tropezó con alguien que corría rozando las paredes.

—¿Es usted, Belisario?

No le contestaron; pero al empujar la puerta, el aprendiz vió que no se había engañado, y que Belisario había pasado por allí. Clarisa estaba en el corredor, despeinada por el viento, descolorida por el frío de la calle,

y tan preocupada, que aun delante de Jack seguía leyendo la carta que tenía en la mano, al hilo de luz que se escapaba de la sala. Aquella carta debía decirle algo bien extraordinario. Jack recordó entonces que aquel día había oído decir en el taller que el nantés acababa de perder una gran suma en Saint-Nazaire jugando con los maquinistas de un barco inglés llegado hacía poco de Calcuta. Aquella vez preguntábase cómo iba á pagar, y si no tomaría alguna resolución extrema. Esto era, sin duda lo que anunciaba la carta; no había más que ver la emoción de Clarisa.

En la sala, Zenaida y Mangin estaban solos. Roudic, que había marchado por la mañana á Chateaubriand, donde se encontraban los papeles de su hija, no debía volver hasta el día siguiente, lo que no impedía al guapo sargento venir á hacer su corte y comer en Indret, donde su presencia estaba autorizada por la de la señora Roudic. Por otra parte, el sargento tenía aire muy tranquilo, poco peligroso, y merecía bien su epíteto de futuro, seco y frío como el tiempo de un verbo. En aquel momento, extendido en un buen sillón del contra-maestre, con los pies en los morillos de la chimenea, mientras que Zenaida, muy vestida, peinada por su madrastra y muy encarnada, acababa de poner la mesa, le hablaba con mucha seriedad de las tarifas de aduanas, de lo que pagaban los granos oleaginosos, el indigo, el bacalao, para entrar en el puerto de Nantes.

Esto era bien poco, ¿verdad? Con todo, el amor es tan prestidigitador, que Zenaida se pasmaba á cada cifra y algunas veces hasta interrumpía su tarea, conmovida hasta el fondo del corazón por estos detalles como por una música deliciosa. La entrada del aprendiz vino

á estorbar á estos enamorados, instalados de antemano en la paz tranquila de las conversaciones del hogar.

—¡Ah! He aquí á Jack. Es ya muy tarde. ¡Y la sopa que aún no está cocida! Pronto á la cueva, amigo Jack. Y madre, á ¿dónde ha ido? ¡Madre!...

Clarisa entró, muy pálida todavía pero más tranquila, habiéndose arreglado el peinado y sacudido sus vestidos mojados.

—¡Pobre mujer! pensaba Jack mirándola, mientras que, ella se esforzaba para comer, hablar, sonreír, bebiendo de un trago grandes vasos de agua, como para contener una terrible emoción que le apretaba la garganta. Zenaida nada veía. No quitaba la vista del plato del sargento, y parecía encantada de ver con qué majestuosa tranquilidad hacía él desaparecer todo lo que le servían, sin interrumpir un momento la famosa disertación sobre la tarifa comparada de los sebos y las mantecas. Aquel Mangin era la aduana hecha hombre. Gran hablador expresándose en términos escogidos lentamente, metódicamente, pero todavía menos lentamente que para comer, porque no se cortaba un bocado de pan sin mirarlo, examinarlo y tantearlo en todos sentidos, de la misma manera que levantaba cada vez su vaso á la altura de la lámpara y probaba el vino antes de beberlo, como si hubiera sospechado algún fraude, presto á detener en el mismo borde de los labios un líquido de contrabando ó un género prohibido. Así, cuando él estaba allí, las comidas no acababan nunca. Aquella particularmente, Clarisa parecía soportarla con impaciencia. No se estaba quieta en su sitio; iba á la ventana, escuchaba el ruido del granizo en los cristales, y luego volvía á la mesa.

—¡Vaya un tiempo que os va á hacer para volveros, mi pobre Mangin! Quisiera que estuviéseis ya en vuestra casa.

—¡Pues yo no! dijo Zenaida con tal expresión de candor, que todos se echaron á reir, y la muchacha con más gana que los otros. No importa. La observación de Clarisa había producido efecto; y el sargento, interrumpiendo una larga disertación sobre los consumos, se levantó para marcharse. Pero no estaba todavía fuera, y los preparativos de la marcha daban siempre á la gruesa Zenaida un cuarto de hora de gracia, añadido á la velada. Había que encender la linterna para alumbrar, qué abrochar el capote. Encargábase ella de todos estos cuidados; ¡y si supierais qué pesadas de encender eran las cerillas y qué difíciles de abotonar los guantes de uniforme!...

En fin, ya está empaquetado el novio. Su capuchón caído sobre los ojos, la bufanda dada dos ó tres vueltas alrededor del cuello y sólidamente atada por dos manos vigorosas. Mangin parecía haber desaparecido por completo en una escafandra de buzo. Tal como está, Zenaida lo encontraba todavía soberbio, y en pie en el portal, con el corazón algo oprimido por la separación, miraba con inquietud aventurarse en la calle Mayor de Indret, muy obscura, aquella encantadora silueta de esquimal, acompañada por el balanceo de una linterna. Su madrastra tiene que llamarla.

—Vamos, Zenaida, ¿no entras?

Y Clarisa, al hablar así, tiene en la voz una entonación impaciente, que no justifica en nada la solicitud amorosa de la joven. Aquella angustia nerviosa no hace más que aumentar con el tiempo, y no escapa al amigo

Jack. Se habla, sin embargo, mientras se pone en orden la sala. De cuando en cuando, Clarisa mira el reloj y dice: “¡Qué tarde es!”

—¡Con tal que no pierda el tren!... responde Zenaida, que no piensa más que en su novio, y desde que él se fué, lo sigue en todas las etapas de su viaje. Ya llegó... llama al barquero... sube en la barca.

—¡Debe hacer frío sobre el Loira! exclama, terminando en voz alta su ensueño.

—¡Oh! sí, mucho frío... contesta la suegra tiritando; pero no es ella quien pasa malos ratos por el hermoso capataz. Dan las diez. Levántase vivamente, con bruseo movimiento, como cuando se quiere despedir á algún importuno:

—¿Vamos á acostarnos?

Luego, viendo que se dispone el aprendiz á echar la llave, como de costumbre, adelántase para detenerlo.

—¡Ya está, ya está! Ya cerré yo; subamos.

Pero Zenaida no cesa de hablar de su Mangin.

—Jack, ¿le gustan á usted los bigotes rubios? ¿Cuánto pagan de entrada las semillas oleagi... oleaginosas?...

Jack no lo recuerda. Ya se lo preguntará ella al Sr. Mangin.

—¡Qué interesante es eso de las tarifas!

—¿Queréis acostaros, sí ó no?, pregunta la señora de Roudie aparentando reirse, pero muy nerviosa. Entonces cesa la charla, y los tres suben la estrecha escalera.

—Vaya, buenas noches, dice la suegra al entrar en su cuarto. Yo me caigo de sueño.

Y, sin embargo, mucho brillan sus ojos. Jack tiene ya

puesto el pie sobre la escalerilla de su sotabanco; pero está el cuarto de Zenaida tan lleno de regalos de boda que no puede resistir el pasarlos en revista.

Buena ocasión para lo que él quería saber. Durante el día habían venido amigas; sacaron todos los tesoros, y estaban aún expuestos allí, sobre la ancha cómoda, junto á una Virgen de cera con el Niño en brazos. Al lado, doce cucharillas sobredoradas relucían en su estuche abierto; luego, una cafetera de plata, un libro de misa con broches, una caja de guantes—¡guantes de hombre!—Y por todas partes los papeles, las cintas de colores que sujetaban aquellas sorpresas venidas del castillo. Luego había los regalos más humildes de las mujeres de empleados ó capataces. El velo, la corona, en cajas enviadas de Nantes y ofrecidos en común por la señora de Kerkabelec y la señora de Lebelleguic; la señora de Lemoaliic, había mandado un reloj de sobremesa; la de Lebescam, un tapete; otras, labores de punto, de crochet, una sortija de cristal, una estampa, un frasco con esencia y, por fin, un “matrimonio:” dos muñecos vestidos de conchas, cuyos colores reproducían el traje del país.

Zenaida enseñaba con orgullo todos aquellos tesoros, y los iba envolviendo con cuidado. El aprendiz lanzaba exclamaciones y no cesaba de preguntarse: “¿Y qué podría yo ofrecerle?”

—¿Y mi equipo, Jack? ¿No ha visto usted mi equipo? Espere usted.

Cogió ella una llave que había en una taza sobre la cómoda, y abrió un cajón, sacando de él otra llave con adornos al cincel y muy antigua, que abría el armario de roble que desde hacía cien años tenía la familia. Ce-

dieron las dos hojas, dejando evaporarse un buen olor de lejía hecha con raíz de lirio, y Jack pudo admirar montones de sábanas, amarillentas, hiladas por la primera señora de Roudic, y mucha ropa blanca llena de adornos.

—¡Vamos... que ya hay algo! decía Zenaida triunfante.

La verdad es que nunca en casa de su madre, en donde tanta ropa buena había en el armario de luna, nunca vió Jack tal cantidad de ropa blanca y tan bien colocada.

—Pues esto no es lo mejor, amigo Jack. Mire usted aquí.

Y levantando un montón de enaguas, le enseñó ella, hundida entre toda aquella tela blanca, cual recién casada, una cajita.

—¿Sabe usted lo que hay ahí dentro?.... Mi dote. Y esto lo decía con orgullo.

—Mi dote, querido; un lindo dote, que me proporcionará, dentro de quince días, el llamarme la señora de Mangin. ¡Ahí sí que hay dinero, y de todos colores!.... Pues todo para mi Mangin. Cuando lo pienso, me dan ganas de llorar y de reír al mismo tiempo, y también de bailar.

En una explosión de cómica alegría, aquella muchachota principió á bailar pesada danza ante aquella cajita, á la que debía su felicidad, cuando un golpe dado en la pared, la interrumpió súbitamente.

—Vamos, Zenaida, deja á ese niño que se acueste. Ya sabes que tiene que madrugar.

Era la voz de Clarisa; pero muy irritada, hasta cambiada.



Algo avergonzada la futura señora de Mangin, cerró su cofre y se despidieron uno de otro en voz baja.

Jack apoyó su escalerilla contra el sotabanco, y cinco minutos después, la casita, entumecida bajo la nieve, mecida por el viento, parecía dormir como sus vecinos, en el silencio y la tranquilidad de la noche. Pero el antifaz de las casas engaña tanto como el de los hombres; y mientras ésta tiene cerradas sus ventanas cual párpados cargados de sueño, encubre el más sombrío de los dramas.

Sala baja de los Roudic. La luz está apagada. Alumbrados únicamente por mucha lumbre de cok en la chimenea, un hombre y una mujer se hallan en un rincón. Los movimientos caprichosos de la llama permiten notar que la mujer se pone á veces encarnada, como si se avergonzara de algo. El hombre está de rodillas. Nada se ve de él sino una hermosa cabeza rizada, que se echa hacia atrás, un talle vigoroso y flexible doblado en actitud de adoración, de súplica.

—¡Oh! Te lo suplico, dice en voz baja, te lo suplico; si es que me amas...

¿Qué puede pedirle él todavía? ¿Qué más puede ella darle? ¿Acaso no es del todo suya, en todo momento, en todas partes y á pesar de todo? Sólo una cosa había ella respetado hasta entonces la casa de su marido. Pues bien; el nantés no tuvo más que querer; escribir una palabra: "Vendré esta noche, deja abierta la puerta," para decidirla á entregarle aquel último recurso de su honor, perdiendo esa especie de tranquilidad que comunica, aun á la más culpable, el hogar que nunca ha sido manchado.

Y no sólo dejó abierta la puerta, como él quería, sino

que, ya acostados los demás, se había ella vuelto á peinarse, poniéndose también el vestido que tanto le gustaba á él, y pendientes que él le había regalado; había tratado de ponerse muy hermosa para aquella primera noche de amor.

¿Qué...ás quería el nantés? Probablemente algo muy terrible, imposible; algo que ciertamente no poseía ella. Pues de no ser así, ¿cómo había ella resistido al apasionado abrazo, á la elocuente súplica de una fiebre de deseo, á aquella boca pegada á la suya?

Mas no cedía ella, tan débil, tan condescendiente. Hallaba una fuerza de resistencia ante la exigencia de aquel hombre; un acento de rebelión y de indignación para contestarle: "¡Oh! ¡No, no... eso no. Es imposible!"

—Vamos á ver, Clarisa, puesto que te digo que es por dos días. Con esos 6,000 francos, primero pagaré los 5,000 francos que he perdido; y con lo que queda, gano una fortuna.

Tuvo ella al mirarle una expresión de alucinamiento, de terror, y luego un sobresalto de todo su cuerpo.

—No, no; eso no.

Hubiérase dicho que contestaba menos á él que á sí misma, al pensamiento tentador hundido bajo su resistencia. Entonces redobló él las ternuras y las súplicas; y trataba ella de alejarse de él, huyendo de aquellos besos, de aquellas caricias, de aquel arrebatado apasionado, en el que desaparecían generalmente los escrúpulos, los remordimientos de la débil criatura.

—¡Oh! ¡No, por favor! Ni lo pienses siquiera. Busquemos otro medio.

—Te digo que no lo hay.

—Sí, hombre, escucha. Tengo una amiga muy rica en Chateaubriant, la hija del recaudador. Hemos sido compañeras de colegio; le voy á escribir, y le pediré esos 5,000 francos como si fueran para mí.

Decía ella lo primero que se le ocurría, para sustraerse á la obsesión de la súplica del otro. Pero él lo notaba, y replicó:

—Es imposible; necesito el dinero mañana mismo.

—Pues mira, deberías ir á ver al Director. Es un hombre muy bueno, y que te aprecia. Quizás....

—¿El? ¿Qué tontería! Me echaría del obrador. Y cuando pienso que tan fácil sería lo que quiero... Dentro de dos días, nada más que dos días, devolvería el dinero.

—¡Oh! Dices eso....

—Si lo digo es porque tengo seguridad de hacerlo. ¿Sobre qué quieres que lo jure?

Y viendo que no la convencería, que se encerraba en ese mutismo absoluto en donde se atrincheran los débiles contra sí mismos y contra los demás, dejó él escapar esta lúgubre palabra:

—He hecho mal en hablarte de eso. Mejor hubiera sido no decirte nada, subir y coger en el armario lo que necesitaba.

—Pero ¡desgraciado!, murmuró ella temblando, y temblaba porque veía al otro capaz de hacer lo que decía; por lo visto no sabes que Zenaida mira su dinero todos los días, que lo cuenta, lo vuelve á contar.... Mira: sin ir más lejos, esta misma noche la oía yo enseñarle la cajita al aprendiz.

El nantés se estremeció.

—¿Al aprendiz?

—Sí; ¡está tan contenta la pobre muchacha!.... Un disgusto así la mataría. Además, no está la llave puesta. Pero notando que al discutir iba suministrándole armas al otro, se calló. Y lo peor era que se amaban, que se lo decían cruzando sus miradas, uniendo sus labios en los intervalos de aquel triste debate.

Horrible era aquel dúo, tan desemejante en todo.

—¿Qué va á ser de mí? repetía á cada instante el miserable.

Si no pagaba aquella deuda de juego, quedaba deshonrado, perdido, echado de todas partes. Lloraba como un niño, movía su cabeza sobre las rodillas de Clarisa, llamándola "su tía... su querida tía...." Ya no era el amante quien suplicaba; era un niño, al que sirvió Roudie de padre y á quien todos mimaban en la casa.

La pobre mujer lloraba con él, pero sin ceder. En medio de sus lágrimas, continuaba diciendo: "No.... no.... eso no puede ser," agarrándose á esas palabras como un náufrago á la tabla que ha agarrado y aprieta con desesperación. De repente se levantó.

—¿No quieres?... Está bien. Ya sé lo que tengo que hacer. ¡Adiós, Clarisa! No sobreviviré á mi vergüenza.

Esperaba él un grito, una explosión. Nada de eso. Dirigióse hacia él:

—Quieres morir.... Pues mira, yo también. Ya estoy harta de esta vida de mentira, en la que el amor, obligado á esconderse, tanto se oculta que no se le halla.

—Pero ¿qué es eso? ¿Querías tú!.... ¡Qué locura! ¿Estás en tu juicio?

Ya no le quedaba argumento ninguno que aducir; agitábase sorda cólera ante la súbita rebelión de aquella

voluntad. Una borrachera de crimen excitaba su cerebro.

—¡Vaya una tontería! exclamó dirigiéndose hacia la escalera.

Clarisa llegó antes que él, plantándose en el primer peldaño.

—¿A dónde vas?

—¡Déjame... déjame; es preciso!

—¡No hagas eso, te lo suplico!

Pero había la embriaguez, y él nada podía escuchar.

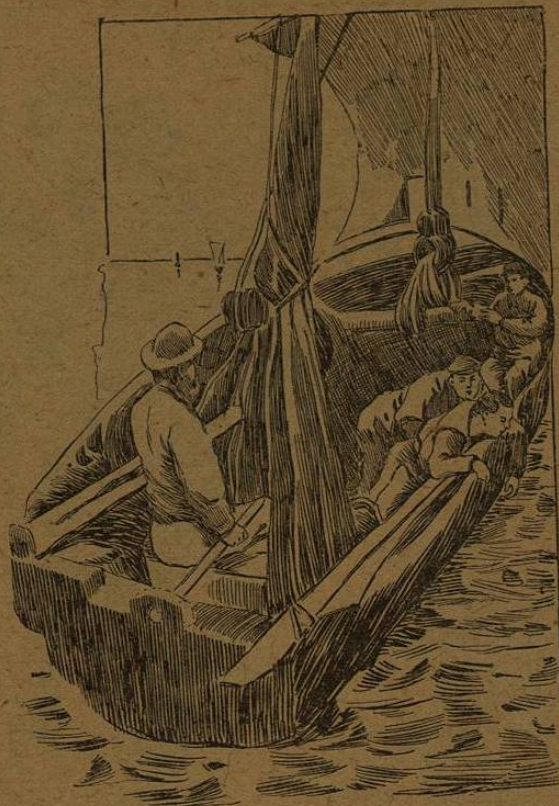
—¡Mira lo que haces!... ¡Si das un paso, llamo!

—¡Pues llama! ¡Todo el mundo sabrá que tienes á tu sobrino por tu querido, y que tu querido es un ladrón!

Díjole él esto casi al oído, pues hablaban en voz muy baja en aquella lucha, pesando sobre ellos, á su pesar, ese silencio del sueño que la noche trae consigo. A la roja claridad del hogar, apareció él tal como realmente era, desenmascarado por una de esas violentas emociones que dejan ver los movimientos del alma al descomponer las facciones. Vióle con su gran nariz ambiciosa y dilatada, sus labios delgados, sus ojos bizcos á fuerza de mirar los naipes. Pensó ella en todo lo que á aquel hombre había sacrificado, y qué compuesta se había puesto para aquella noche de amor, la primera que pasaban juntos.

¡Oh! ¡Qué horrible, qué espantosa noche de amor!

De repente sintió profundo asco de sí misma y de él; la abandonaban sus fuerzas. Y mientras subía el malhechor la escalerilla, recorriendo á tientas la vieja casa paterna cuyos rincones todos conocía, caía ella sobre el diván hundiéndose su cabeza en los cojines para ahogar sus sollozos y sus gritos, para no ver, no oír nada.



La brisa fresquita hacía correr la lancha...